

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 201

25 cts

23 DICIEMBRE
1928



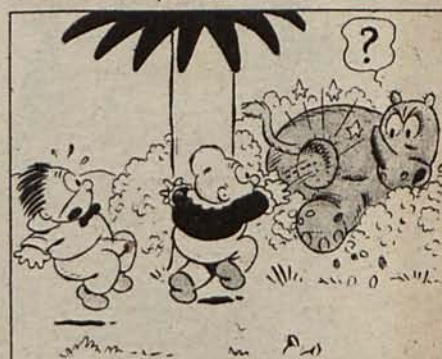
- ESTOY FURIOSA CON EL CAPITÁN PORQUE HACE TRES AÑOS ME LLAMÓ RINOCERONTE
- TRES AÑOS! ¿Y SE ACUERDA USTED AHORA DEL INSULTO?
- ¡ES QUE HASTA AYER NO HABÍA VISTO YO UN RINOCERONTE!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

El rostro de la vieja y fiel doméstica serenóse en seguida. Había visto las facciones del profesor Suwoff, el afectuoso colega, el

antiguo y abnegado amigo de su amo. El profesor Suwoff era el único profesor de la Facultad de San Petersburgo que no sólo no desconocía, sino que admiraba, con grande y sincera admiración, los méritos del profesor Guthowsky. El confesaba sin dificultad que su colega era algo excéntrico que habíase dedicado a un género de estudios que apartábase tal vez de la ciencia, del modo que es, por lo general, entendida, para entrar valientemente, audazmente y hasta temerariamente, en el espantoso y arduo recinto del *más allá*, defendido por la celosa Naturaleza con todas sus fuerzas; pero reconocíale fácilmente al profesor un gran mérito, que hacía enfurecer a sus colegas de la Universidad; esto es, el mérito de tener más talento y más cultura que todos sus detractores juntos.

Suwoff demostraba a su colega toda su estimación y benevolencia; no hacía caso de sus rarezas y escuchaba con admiración los razonamientos, unas veces demasiado difíciles o elevados, otras, de oscuras indicaciones, pero siempre dictados por un agudísimo y brillante talento.

Sin embargo, el profesor Suwoff, a diferencia de su solitario colega, no se había dedicado exclusivamente al estudio, renunciando a tomar parte en las vicisitudes de la vida, a juzgarla, tratando de llevarle por el mejor camino, con el esfuerzo del pensamiento humano. Mirando a su alrededor, él advertía que su patria, como una muela gigantesca, capaz de un trabajo precioso y fecundo en provecho de sus hijos, estaba oprimida por una omnipotencia que disfrutaba en su exclusivo provecho el tesoro de la energía latente. A juicio del profesor Suwoff, esto era ya un grave daño, pero aún había algo peor.

Cualquier tentativa que se hiciera para liberrar a Rusia del peso secular que la esterilizaba en beneficio de una sola persona, era reprimida con inaudita barbarie, ofendiendo a todas las leyes piadosas y humanas.

Contra esta triste esclavitud, sublevábase la conciencia de aquellos ciudadanos justos y clarividentes, los cuales, no queriendo aprovecharse de una usurpación que les parecía criminal, manteníanse apartados de la casta oficial, más o menos directamente en relación con la Corte. Estos ciudadanos, no pudiendo, como en los países regidos con la libertad civil, expresar sus propias opiniones y hacerlas valer legalmente, veíanse obligados a reunirse en asociaciones secretas, en las cuales tramaban complots para aterrar por medio de la violencia a aquellos que no querían

atender la voz de la razón. Una de estas asociaciones, acaso la más clarividente, pero no por esto menos terrible, era la de los «Hermanos del Silencio», de la cual formaba parte, como ya saben nuestros lectores, el profesor Suwoff. Este, en sus frecuentes coloquios con el profesor Guthowsky, había expuesto a su amigo varias veces sus ideas acerca de las condiciones que desde hacía muchos siglos angustiaba a Rusia.

El profesor Guthowsky se afligía como él, pero nunca demostraba sentir, como su colega, resentimiento u odio político contra ninguno. El consideraba las cosas de este mundo como indignas de un elevado intelecto; los más grandes acontecimientos históricos resultaban una impertinencia, comparados con la inmensidad de todo lo que él llamaba lo «Inconocible», y que el hombre debía de proponerse conocer a toda costa.

Así es, que el profesor Suwoff habíase persuadido de que era inútil toda tentativa para atraer al profesor Guthowsky a la causa de la libertad, a la cual habría podido proporcionar incommensurables ventajas. Igualmente se convenció de que nunca lograría arrancar a su amigo ninguno de los importantes secretos descubiertos por él, pero defendidos con celoso cuidado.

Sólo una vez, como ya sabemos, de una frase escapada de los labios del profesor Guthowsky, en un acceso de delirio, durante una breve, pero grave enfermedad, había sacado la deducción de que su extraño colega poseía un medio terrible para aniquilar la vida humana, y él, arrastrado por la necesidad de ayudar a la causa a la cual había dedicado su existencia, sin tener en cuenta los vínculos de la amistad que le unían al profesor Guthowsky, les reveló a sus amigos lo que había descubierto casualmente. Desde aquel día no había vuelto a visitar a su amigo, como si le punzase el remordimiento por haber hecho traición a su confianza, y el profesor, si bien lo sospechaba, y en su fuero interno dolíase de ello, sin embargo, sentía la ausencia de la única persona que, cuando menos, habíalo comprendido.

He aquí por qué la vieja Marta, al ver la cara del profesor Suwoff, desarrugó el acostumbrado ceño de desconfianza y, sonriendo, hizole entrar, en unión del Pope Jaskoff, al cual ella no conocía, pero que la compañía de Suwoff servíale de salvoconducto.

El profesor Guthowsky hizo a sus visitantes una amabilísima acogida, preguntándole a su amigo los motivos de su larga ausencia.

El profesor Suwoff fué sincero. No ocultó el que habíase enterado, durante el delirio del profesor Guthowsky, de que éste tenía celosamente guardado un precioso secreto...

—¡Terrible, homicida! —le interrumpió el profesor, sacudiendo la cabeza. — ¡Basta, basta! ¿Adónde quieres ir a parar con ese preámbulo? Tú vienes a proseguir la misión que Shasky y Vera no han podido rea-

lizar; tú vienes a turbar mi tranquilidad y mi silencio, con la esperanza de que yo secunde, con un medio nefasto, vuestra ceguera...

Suwoff volvióse hacia el Pope, haciéndole una seña que significaba:

—¿No se lo había dicho?

Luego, dirigiéndose al biólogo, repuso:

—Sin embargo...

—Sí, ya sé lo que me quieres decir. Quieres decir que los hombres se hieren entre sí, que algunos de ellos aniquilan a los otros más débiles, ilusos o necios; que tú querías suprimir a los primeros, a todos los que son opresores...

—¿Y acaso no sería una obra buena y santa?

—dijo Suwoff triunfante.

—Sí —respondió Guthowsky en seguida—, sería una cosa santa si los débiles que tú quieres colocar en el puesto de los opresores no oprimieran a su vez a los que fueran más débiles que ellos; si los perversos, si los malvados, pudiesen ser todos apartados y aniquilados de una sola vez, sin que volviera a sugerir ninguno más, y quedasen sólo los buenos... eternamente. Pero, ¿en dónde están los buenos? —preguntó el profesor Guthowsky con voz tonante, arrojando a su alrededor una mirada interrogadora. —¿Son tal vez buenos aquellos que llaman feroz, inhumano y símbolo de la crueldad al tigre del desierto, porque, privado de inteligencia y de educación, obedece al estímulo del hambre y devora al hombre y a la oveja, cuando ellos, que, sin embargo, se alaban de conocer a Dios, engordan, acoplan y hacen procrear a animales mansos e inocentes, no ya por calmar las avidencias del hambre, sino por satisfacer los caprichos del gusto? ¿No arrancan ellos los hijos a las madres, no oyen mugidos y balidos de dolor, no hacen correr todos los días ríos de sangre, mientras que estremécense de horror si de la carne de uno de ellos se derrama una gota? Entonces, no hables, ¡ohl, buen Suwoff, no hables de buenos para sustituir a los malvados; habla más bien de un teatro en donde haya primeros, segundos y terceros puestos, para disfrutar del espectáculo, y los que ocupen segundos y terceros puestos quieran echar de los suyos a aquellos que ocupen los primeros, y que éstos se defiendan, disimulando sangrienta pendencia... No sé si la lucha es justa o injusta; pero sé que no levantaré ni un dedo para defender o atacar a unos o a otros; mientras ellos se destrozan, yo estudio para indagar el saber en dónde está, quiénes son, y, sobre todo, qué espectáculo se representa en el prosenio, quién se esconde entre bastidores y quién es el autor... ¡Ahl, ¡ahl, ¡ahl —exclamó el sabio, prorrumpiendo en una sonora y estridente carcajada—, esto te parece el discurso de un loco, ¿eh?... di la verdad... y a usted también, Pope Jaskoff, no es cierto? Sed sinceros, y tenedme por loco... no me enfadaré..., ¿qué diría una ciudad de ciegos, en la cual hubiera un solo vidente, si oyese a éste hablar de la luz?...

Suwoff y Jaskoff escuchaban al profesor confusos y turbados. Sus palabras lindaban con la paradoja, pero también relampagueaba en ellos la verdad. Ellos comprendían que aquel hombre nunca les haría la anhelada revelación, así como que sus amigos más exaltados estaban dispuestos a arrancársela por la fuerza, y

esto Suwoff, sobre todo, quería evitarlo a todo trance.

—Amigo mío —dijole Suwoff—, nosotros no te tenemos por loco, pero creemos que, por un error deplorable, transportas las cosas de la vida a una esfera en la que cambian de valor. Puede ser que, en cuanto a las líneas generales, tengas tú razón; pero en este caso particular has de contar con un ofensor armado y con un ofendido indefenso. Y yo, en nombre de mis amigos, vengo a decirte: si tienes un corazón semejante a tu cerebro, si eres tan bueno y generoso como eres fuerte, restablece el equilibrio y reivindica el derecho; tú, que puedes hacerlo, arma el brazo del indefenso con el arma terrible que posees.

—¡Sí! —exclamó el profesor Guthowsky, poniéndose en pie como transfigurado. — ¡Sí, el arma que poseo es terrible! Solamente acercando a mi pupila el minúsculo objeto, formado durante las largas veladas de mis noches de trabajo, la admirable y diminuta esfera del tamaño de un grano de pólvora, yo, Suwoff, veo lo que quiero, lo que está presente y lo que está lejos, y la persona quien busco, la encuentro y arrastro hacia mí la porción más excelsa de su alma, convirtiéndome en el dueño de su vida...

Al pronunciar estas palabras, el profesor estaba transfigurado, desconocido, los ojos centelleabanle con una luz singular, y sus miradas parecían traspasar las paredes de la estancia. Sus dos oyentes, quedaron fascinados por aquel ímpetu, y Suwoff, le dijo, poniéndose a su lado de un salto, y agarrándole por un brazo:

—¡Dime, Guthowsky! ¿En dónde escondes esa minúscula y admirable esfera?

El profesor, al sentir que le tocaban el brazo, pareció como si le hubiera mordido una víbora. Volvióse como un rayo, clavando sus extraviados ojos en el rostro de Suwoff, y exclamó con voz bronca:

—¿Qué haces?

Suwoff, asustado, repitió:

—¿En dónde escondes esa minúscula y admirable esfera?

El sabio recobró en seguida el dominio de sí mismo. Ya libre el brazo de la presión de su amigo, respondió:

—¡Nadie sabrá nunca en dónde está oculto ese objeto admirable —y después añadió con inexplicable sonrisa—: vive y morirá... conmigo!

—¿Nadie podrá hacerte desistir de esta resolución?

—¡Nadie! —respondió solemnemente el profesor Guthowsky— ¡Porque mi misión no es la de matar!

—¿Cuál es, pues, tu misión? —le preguntó Suwoff, clavando sus ojos en los de su amigo, cual si quisiera explorar sus más escondidos repliegues.

El profesor Guthowsky callóse un momento, pareciendo recogerse dentro de sí mismo, y luego respondió con tranquila sonrisa:

—¡La de crear!

Lo hiperbólico y temerario de la frase contrastaban de tal modo con la seriedad del acento y la firmeza de la voz, que a Suwoff y a Jaskoff no les hizo la impresión de una blasfemia ni de una locura. Parecía que el profesor Guthowsky hubiera hablado de un hecho realmente posible.

(Continuará en el número próximo.)

ANITA

BUEN-CORAZON





EL OGRO DE LA SELVA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES DE LA NUEVA SERIE 'BARBILÓN'

(Continuación)

El ogro había alargado su sucia manaza, y, levantando a Ricardo por mitad del cuerpo, le miraba a su sabor.

Ricardo despertó sobresaltado, abrió los ojos desmesuradamente, y al verse a tres metros de altura y en poder del ogro, desenvainó su espada e intentó repetidas veces llegar a la cabeza de la fiera, la cual no hacía sino reírse de sus esfuerzos. Al fin, el monstruo se cansó del juego, y arrancándole de un tirón el arma de las manos, se la puso en la boca a modo de monda-dientes.

—No tengas cuidado, gusanillo, que ya servirá esta herramienta —dijo burlo-namente.

Y sin hacer el menor caso de los gritos de su víctima, empezó a cantar alegremente al mismo tiempo que se marchaba:

—¡Hay que ver!... ¡Hay que ver!...
Llevaba quince días, lo menos, sin comer...

Manfredo, que al valor unía la prudencia, pensó que lo mejor en aquel caso era avisar a Barbilón; pero si partía en su busca se exponía a perder la pista del ogro, y decidió hacer señales en los árboles para que el escudero se diese por entendido. Tal como lo pensó lo hizo, pero sin descuidar su propia seguridad, y bien le valió, porque el ogro, receloso como todas las fieras, volvía a menudo la cabeza.

Al llegar a un arroyo, el monstruo, sin abandonar su presa, bebió unos cuantos tragos, que por poco dejaron en seco el manantial, y, como sin duda era aficionado a la poesía, empezó a cantar con música del matarile-rile-rile:

—¡En este infausto lugar,
Barbilón, Barbilón...,
en este mismo lugar
te lograste escapar!

Aquel recuerdo debía de ser muy doloroso para el ogro, porque después de repetir la canción dos o tres veces, cada vez con más rabia, desenvainó el enorme cuchillo que llevaba atravesado en el cinturón y lo esgrimió en el aire. Ricardo creyó que había llegado su última hora; pero su raptor no pasó de la amenaza, y apartando el arma del cuello del muchacho, la dirigió al tronco de un grueso árbol, al que cortó de un solo tajo, diciendo:

—Lo mismo haría con un tal Barbilón, que, después de herirme en un pie, se me marchó de entre las manos aún no sé de qué manera...

Envainó el cuchillo, miró a Ricardo con la feroz alegría de la gulya reanudó su camino a grandes zancadas irregulares.

No tardaron en llegar a un claro en el que se veían evidentes señales de que allí era la morada habitual del ogro.

En efecto, aquello estaba muy sucio y echaba un olor que apestaba.

—¡Ya hemos llegado, pimpollo! —dijo a Ricardo, dejándole en el suelo mientras se enjugaba el sudor con el dorso de la mano—. Ahora esperarás un momento en la despensa y luego... ¡luego verás lo bien que se está en mi barriga!

El ogro se arrimó a un árbol que tenía el tronco hueco, metió en el agujero a Ricardo y cerró con una tosca puerta hecha de ramas entrelazadas.





—¡Cáspita, qué apetito tengo!—dijo en voz alta el gigante.

Y tras de bostezar desafortadamente tres ocuatro veces seguidas se alejó a unos centenares de metros a cortar leña.

Este era el momento que esperaba Manfredo. Deslizóse a gatas hasta el árbol-despensa y en un instante abrió la puerta a su hermano, el cual se arrojó en sus brazos llorando.

—Ahora deja la capa ahí dentro para que el ogro crea que aún estás encerrado —aconsejó Manfredo con su prudencia acostumbrada.

Los dos hermanos, aprovechándose de los troncos de los árboles para esconderse, se alejaron con la mayor rapidez posible.

El corazón les saltaba dentro del pecho. Ya se creían seguros, cuando la voz del ogro sonó a poca distancia.

—Ya he resuelto el modo cómo te he de comer. Primero te cortaré en rodajas... Luego te asaré las piernas... El resto del cuerpo lo guardaré para guisarlo con tomate.

Se oyó el chirriar de la puerta de la despensa, y los muchachos, comprendiendo que iba a ser descubierta su estratagema, echaron a correr con todo el poder de sus piernas. Un alarido sobrehumano despertó los ecos de la selva. El monstruo se había dado cuenta de la desaparición de su pitanza.

Una voz bien conocida detuvo a los muchachos en su carrera desordenada.

—¡Ladrón..., granuja, detente; soy yo, Barbilón!

Era el pobre escudero, que iba a una muerte cierta para tratar de salvar a sus señores, a los que creía en poder del monstruo.

—¡Barbilón! —gritaron los dos muchachos a un tiempo.

El escudero, lanzado a toda carrera, oyó el doble grito, y sus facciones resplandecieron de alegría.

—¡Vaya un susto que me habéis dado!... Pero veo que estáis en salvo. ¡Marchaos!... ¡Corred hacia... frente de vuestra nariz, y no os detengáis hasta que las piernas se nieguen a conducirlos!... ¡De los que corren, algunos se escapan!

—Pero... ¿y tú?

—¿Yo?... Ya os alcanzaré en cuanto.... ¡Escondeos, que llega!

En efecto, el gigante llegaba echando espuma por la boca y gritando:

—¡Condenado Barbilón, te he de comer con barba y todo! ¿Dónde estás?

—¿Pero no me ves? —decía Barbilón escondiéndose detrás de los árboles más gruesos.

—¡No..., no te veo!

—¡Pues lo mismo me pasa a mí! Seis meses hace que te busco y si... si... ¡Desde que cogiste aquella piedra para comértela, que no he podido echarte la vista encima!

El ogro se enfurecía más y más, y armado de una pavorosa tranca revolvía la maleza y golpeaba los árboles, tratando de descubrir a su odiado enemigo. Tanto buscó, que se adelantó demasiado, y la tranca del escudero cayó con fuerza extraordinaria sobre su espina.

—¡Me las... has... de pagar...,
Bar... bilón..., Bar... bilón!

Tal había sido el golpe, que el ogro cantaba (pues ese era el modo de demostrar su rabia) jadeando.

Pero Barbilón, escondiéndose y amparándose en los árboles más corpulentos, le sacudía tales estacazos que lo iba dejando medio baldado, mientras cantaba haciéndole la burla:

—¡Nada te pagaré...,
maldito ogro..., maldito ogro!...
¡Nada te pagaré
y la espalda te romperé!

El monstruo, rascándose con furia las partes doloridas, avanzaba por entre los árboles con su estaca en alto y cantando cada vez con más furia:

—¡Como pueda apuntar,
Bar... bilón..., Bar... bilón...
como pueda apuntar,
no lo vas a poder contar!

En sus carreras, el ogro y el escudero habían llegado cerca del escondite de los dos muchachos, y Barbilón, que lo advirtió, para evitar que la fiera los viese y los dejase tendidos en tierra de un estacazo, enar-

boló su propia estaca y la descargó con todas sus fuerzas.

Pero el ogro, que esta vez le había visto, pudo parar el golpe con la suya, y el palo del pobre escudero, a causa del choque violentísimo, quedó roto en pequeños fragmentos.

—¿Ves? —dijo el ogro riéndose a más no poder—. Esto te pasa por no saber escoger la madera.

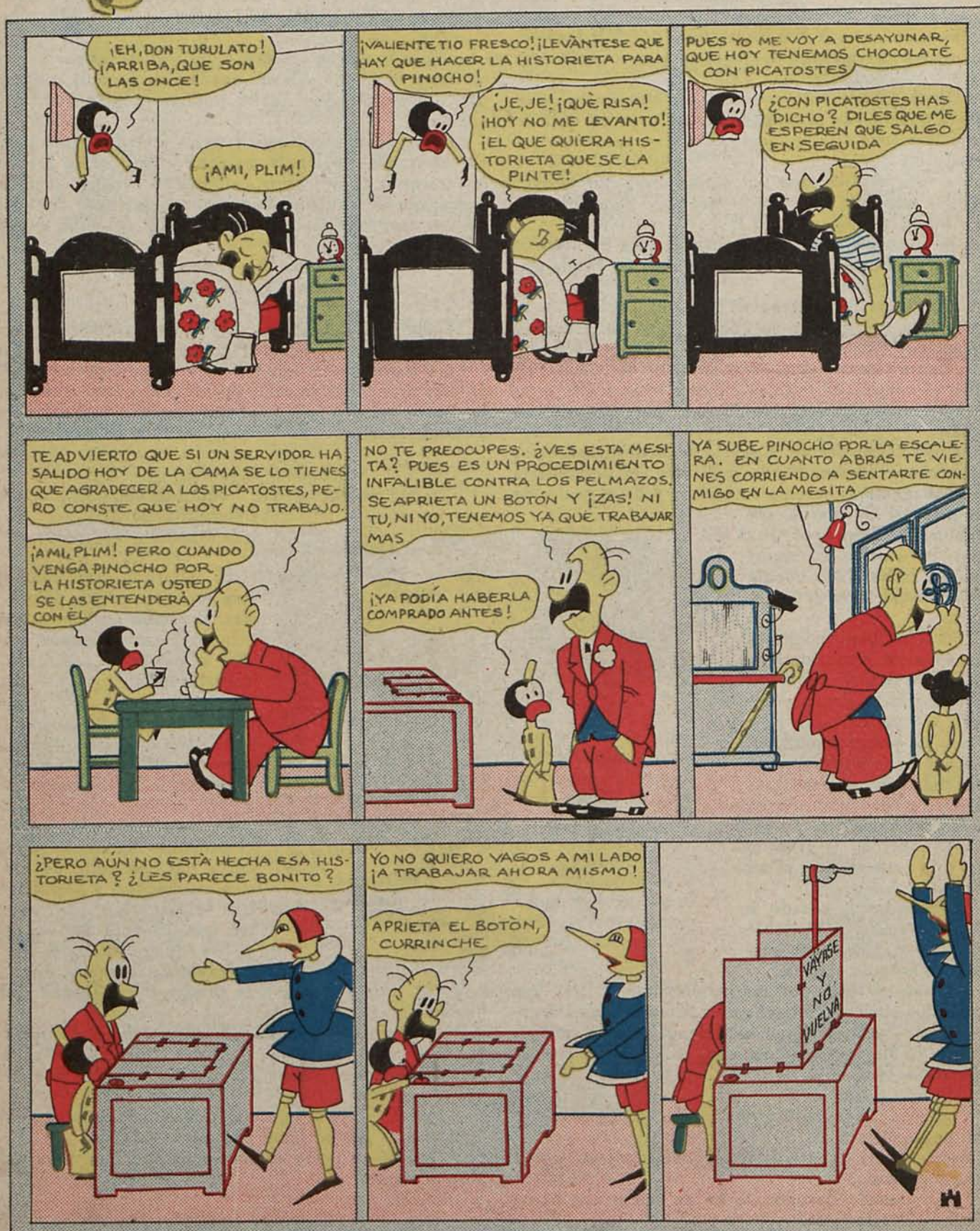
Y levantó su porra al mismo tiempo que daba un paso adelante.

(Concluirá en el número próximo.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





COLORIN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

LA ENVIDIA DE UNA REINA

Castillo

U

NA reina que no tenía hijos decía:

—Quisiera tener una niña con la cara como la nieve, con mezcla de carmín y embellecida con negra y abundante cabellera.

Poco tiempo después se la concedió Dios tal como la deseaba. La princesa recibió dos nombres, tan lindos como ella. La pusieron Blanca Nieves. Apenas contaba quince días cuando murió su madre.

El rey, viudo, se casó al año siguiente con una princesa de singular hermosura; pero también de infernal orgullo y de inmensa presunción. No podía soportar la idea de que hubiera en el mundo una mujer más hermosa que ella.

La nueva reina tenía un espejo mágico, en el cual se miraba frecuentemente. Cuando se veía en el espejo solía preguntarle:

—Espejo mío, ¿quién es la mujer más hermosa de estos reinos?

Y una voz le contestaba:

—¡La más hermosa eres tú!

La reina era dichosa, pues sabía que el espejo decía siempre la verdad.

Blanca Nieves, en tanto, iba creciendo y se ponía cada vez más guapa; era una gentil princesa que cautivaba la atención de todos.

Cuando cumplió siete años, consultó la reina, su madrastra, a su espejo, y éste le respondió:

—Sois bella; pero Blanca Nieves es mil veces más hermosa que vos.

La reina se estremeció de rabia. Dominada por la envidia, llamó en secreto a su cazador.

—Oye —le dijo—; es menester que lleves a la princesa al monte y la mates; me traerás su corazón, y por este servicio te daré mucho dinero.

El cazador engañó a la niña, haciéndola creer que la llevaba al monte para que viera cómo corrían los gamos. De pronto desenvainó un cuchillo de caza para atravesarla el corazón. La princesa rompió en amargo llanto, suplicando al cazador que la dejara vivir.

El cazador envainó su cuchillo de monte y dijo a la princesa:

—Te perdono la vida; pero no vuelvas a Palacio.

—¡Yo os prometo no volver nunca a Palacio!

Después de abandonar a la princesa mató a un corzo, le sacó el corazón y se lo presentó a la reina, diciéndole que era el de Blanca Nieves.

Mientras tanto, la niña andaba muerta de miedo por el monte, sin encontrar un asilo donde guarecerse.

Por fin llegó, a la caída de la tarde, a una casita blanca muy bonita. Encontró la puerta abierta y entró sin vacilar.

Vió una mesa cubierta por un mantel, sobre el cual había siete platos, siete cubiertos y siete vasos, todo ello muy chiquitín.

En un cuarto contiguo había siete camas, también diminutas. Blanca Nieves se moría de hambre y se ahogaba de sed; mas, no queriendo perjudicar a ninguno de los siete comensales, tomó solamente un bocadillo de cada plato y un sorbo de vino de cada vaso.

Después, rendida por el cansancio, fué a acostarse en una de las camitas, y apenas rezó una oración se durmió profundamente.

Poco después llegaron los dueños de la casita. Eran siete enanos. Cada uno de los enanos encendió su luz, y en seguida notaron que alguien había entrado en su vivienda.

Se pusieron a cenar, y acabada la cena pasaron al dormitorio.

—¿Quién habrá entrado aquí?—se preguntaban los unos a los otros.

Por fin, el séptimo enano encontró en su cama a Blanca Nieves, que dormía con el sueño apacible de la más

pura inocencia. Todos los enanos acudieron con sus luces. No quisieron despertarla, y aquél en cuya cama dormía se acostó en dos sillas del comedor.

A la mañana siguiente, cuando Blanca Nieves despertó, se asustó mucho viéndose entre enanos.

Entonces los enanos la dijeron:

—¿Quieres quedarte con nosotros? Aquí no carecerás de nada. Tú barrerás la casa, nos guisarás la comida, pondrás la mesa, coserás nuestros vestidos y nos plancharás la ropa. No es oficio de princesa; pero, concluido tu trabajo, serás nuestra reina.

Blanca Nieves se pasaba el día ocupada en sus faenas: barria, limpiaba el polvo y guisaba la comida.





Una noche dijo a la princesa el más viejo de los enanos:

—Guárdate de tu madrastra, que no tardará en saber que estás aquí. Te encargo mucho que, cuando estés sola, no dejes entrar a nadie.

Por entonces, la picaronaza de la reina seguía creyendo a Blanca Nieves tan muerta como su madre; pero un día tuvo el capricho de consultar al espejo.

Imagínese su furor cuando el espejo respondió:

—Señora reina, sois la más bella de la corte; pero al otro lado de la sierra, en la morada de los siete enanos, hay una joven mil veces más bonita: se llama Blanca Nieves.

Como versada que era en las malas artes de la brujería, se pudo transformar de un modo que era imposible reconocerla. Vestida como una vendedora ambulante y llevando gran cantidad de artículos tentadores, se fué a la casita de los enanos.

Llamó a la puerta.

—¿Quieres comprar cosas bonitas?

Blanca Nieves abrió la ventana y preguntó a la vieja qué vendía.

—Excelentes cosas; entre ellas un excelente corsé que no tiene rival.

—Esa mujer —pensó la niña— no ha de hacerme ningún daño; voy a dejarla entrar.

Bajó, quitó el cerrojo, mandó pasar adelante a la fingida vieja y le compró el corsé.

—Verás qué bien te está —dijo la reina—; parece hecho a medida; déjame que te ayude, pues tú sola no te lo podrás poner.

De pronto, su cruel enemiga, la malvada reina, tiró con tanta furia de las cintas del corsé, apretó con tanta fuerza y de tan buena gana, que la pobre niña cayó como muerta.

Su madrastra, llena de júbilo, regresó a Palacio.

Los enanos, al llegar a su casa, encontraron sin sentido a la infortunada Blanca Nieves; pero en el acto cortaron las cintas del corsé y la niña respiró.

—Has sido una imprudente —le dijeron los enanos—, porque la supuesta vendedora era ni más ni menos que tu pícara madrastra. En lo sucesivo, no abras la puerta a nadie cuando no estemos aquí.

En cuanto la reina estuvo en su palacio, se miró al espejo.

—Dime, querido espejo, ¿quién es la mujer más guapa?

—Señora mía, sois la más bella de la corte; pero Blanca Nieves, la que vive con los siete enanos, es mil veces más linda.

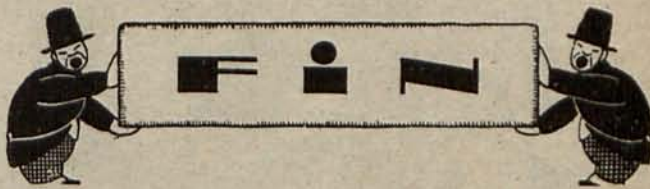
Se disfrazó entonces la reina de campesina y colocó en una cesta de manzanas una envenenada por un lado y sana por el otro. Llamó, y la niña se asomó a la ventana para decirle que no abriría la puerta a nadie.

—Yo no tengo necesidad de entrar —respondió la falsa campesina—; si quieres comprar manzanas, te las daré por la ventana. Mira ésta —dijo la vendedora, sacando de su cesta la que estaba envenenada—, ¡es magnífica! ¿Has visto alguna tan encarnada? Mira, vas a ver con qué gusto me como media manzana; tú probarás la otra media y juzgarás por ti misma de su calidad, de su sabor exquisito.

La reina partió la manzana en dos pedazos y se comió la mitad de color pálido, que no tenía veneno. Blanca Nieves se tranquilizó y tomó la otra mitad. Apenas clavó sus dientes en ella, cayó en tierra como muerta.

Cuando volvieron los enanitos, sospecharon que Blanca Nieves no estaría muerta; hicieron un coche de oro y piedras preciosas, y en él la condujeron a la corte para que la vieran los médicos más famosos. Cuando pasaban por el Palacio Real, todos los empleados reconocieron a Blanca Nieves; avisaron al rey, éste hizo llamar a sus médicos, y en media hora pusieron buena a la hermosa niña.

Descubierta la infamia de la madrastra, ésta fué castigada a vivir y comer como las fieras, metida en una jaula; los enanitos volvieron a sus montañas, y Blanca Nieves vivió muchos años feliz y fué siempre muy buena, y cuando murió se fué derecha al cielo.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy vamos a hablar de una planta cuyas raíces tienen formas humanas. No recuerde cómo se llama; pero seguramente que tú sabrás a qué planta me refiero.

—A la mandrágora.

—Eso es. Ahora la recuerdo.

—El que la ha recordado ahora he sido yo, querido Chonón. La mandrágora es una planta solanácea que crece en la cordillera del Himalaya y en las costas del mar Mediterráneo. Como tal planta no ofrece ninguna particularidad digna de mención; pero como sus raíces presentan las más grotescas formas humanas, son curiosísimas las leyendas que se han creado alrededor de la mandrágora.

—Esto es lo interesante para mí, amigo buho. He visto fotografías de estas raíces vestidas con trajes como si fuesen muñecos.

—A estas raíces se las considera como mágicas y milagrosas en muchas regiones. Antiguamente se valían de ellas las hechiceras para industria de sus maleficios, y la gente ignorante creía en ellas como en cosa sobrenatural. Actualmente ejerce un poder supersticioso entre los árabes, y la conservan en sus casas como verdaderos ídolos, de los que esperan grandes milagros. En la casa en donde hay mandrágora debe reinar la paz y el amor conyugal.

—¿Y es verdad eso?

—Si los esposos se llevan bien y no regañan, hay paz; pero si hay desacuerdo entre ellos no la habrá aun cuando tengan un jardín de mandrágoras.

—Eso creo yo también.

—La creencia en las virtudes de esta planta viene de tiempos muy antiguos. Plinio decía que la raíz de mandrágora era blanca cuando tenía la forma de hombre y negra cuando la de mujer, y que no podía arrancarse de la tierra directamente, sino por medio de un perro, que, por, añadidura había de ser negro. Se empezaba por cavar alrededor de la raíz, se ataba la planta con una cuerda al rabo del perro y se hacía que éste tirase hasta llevarse la raíz tras de sí.

—¡Pobre animal!

—Y tan pobre. Como que el desgraciado perro pagaba con su vida este trabajo, pues, según la leyenda, caía muerto del susto que se llevaba de oír los gritos quejumbrosos que daba la planta al ser arrancada de la tierra.

—¿Tú crees eso, mi sabio buho?

—Ya puedes comprender que no; pero te lo cuento tal como lo

refiere la leyenda. Dice ésta que todo ser humano que se atreviese a arrancarla caería muerto en el acto o, por lo menos, perdería la razón al oír los alaridos de dolor que exhalaba la raíz.

—Claro que todas estas cosas sólo las creería la gente de poca cultura, pues una persona de mediana ilustración no es posible que se aviniese con semejantes creencias.

—He de decirte, querido Chononcito, que gentes de las más altas esferas sociales tenían una fe ciega en la mandrágora, pues algunos magnates y príncipes llegaron a pagar por ella precios verdaderamente fabulosos. Un detalle curioso es el que voy a referirte. Todas las mandrágoras se tenían, desde luego, por plantas de poder mágico; pero las que tenían más virtud milagrosa eran las que habían nacido en un terreno en el que hubiese estado instalada alguna horca y hubiesen sido ejecutados en ella reos de muerte. ¿Qué te parece?

—Pues me parece un verdadero absurdo. ¡Hasta qué punto puede llegar la superstición!

—Como que, según los supersticiosos, estas famosas mandrágoras atraían la riqueza, el poder y la felicidad y ahuyentaban a las enfermedades y a los malos espíritus.

—Curiosísimo. Y dime, querido buho, ¿por qué están vestidas las raíces que yo he visto en fotografía?

—Porque así apetecía a los que las poseían. En el Museo de Viena se conservan algunas, vestidas con trajes de terciopelo y seda, y aparecen encerradas en las mismas urnas de cristal donde las tenían sus dueños. Según costumbre muy antigua, había que bañar a las mandrágoras todos los viernes, en leche y vino, y después del baño secarlas bien y ponerles una camisa de seda blanca o roja. Si no se les ponía esta camisa, la mandrágora chillaba y lloraba como cualquier criatura.

—Dan ganas de reír, ¿verdad, buho?

—Pues riete, porque nadie te ha de decir nada. En nuestros tiempos ya se ha desvanecido la leyenda de esta planta, y únicamente en algunas regiones del África septentrional se tiene algún temor de tocarla y sobre todo de arrancarla. Aún creen que si la arrancan va la planta a dar grandes chillidos, y no se atreven.

—Pues definitivamente voy a reirme. Me ha hecho mucha gracia

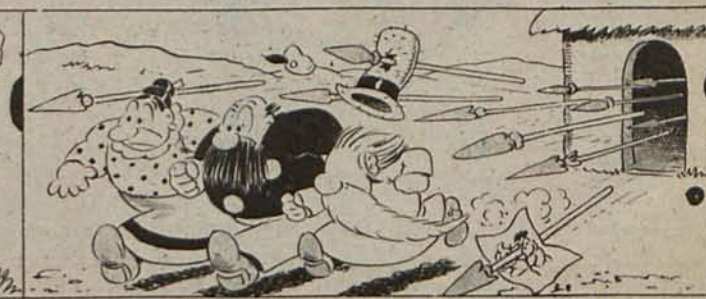
—¿Mi charla?

—La leyenda, quiero decir.

—A mí también.

—Pues entonces nos reiremos los dos, ¿no te parece?

—Muy bien, querido Chonón, nos reiremos.



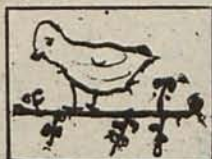
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



La muñeca de mi vecina.
ELENA DEL MORAL.



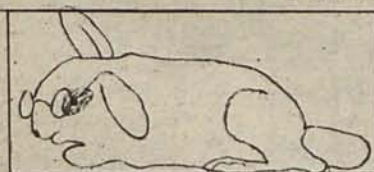
Pollito.
MERCEDES POCH.



Un crucero.
LUIS MARTÍNEZ.



Dama antigua.
CLEMENCIA DAMIRÓN.



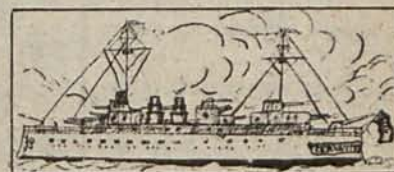
Mi conejo.
LIA ESTHER LÓPEZ.



Una casa.
LUISITA RODRÍGUEZ.



Tigre.
CARMEN ALLI.



El acorazado «Cervantes».
J. PINILLA.

La última palabra en trenes mecánicos para la juventud

¿Puede existir un jovencito que no se vea atraído por las maniobras de los grandes ferrocarriles modernos? Con un ferrocarril HORNBY Vd. podrá efectuar estas mismas maniobras, porque es un verdadero ferrocarril en miniatura que permite la ejecución de todas las operaciones de un ferrocarril moderno.

Nunca podrá imaginar las horas de diversión que le proporcionará su ferrocarril HORNBY! Y una vez descubiertas las bellas y espléndidas cualidades de su locomotora Hornby, no será otro su juguete favorito.

Los Trenes HORNBY son famosos en todas las partes del mundo. Son fabricados por la Sociedad Meccano Limited, siendo construidos con los mejores materiales y llevando nuestra más firme garantía.

Precios de Trenes Hornby desde Ptas 27.50
a Ptas 200.00

Pídalos por su nombre HORNBY en los principales
Bazares y Librerías

TRENES HORNBY

Agente para España y Portugal:

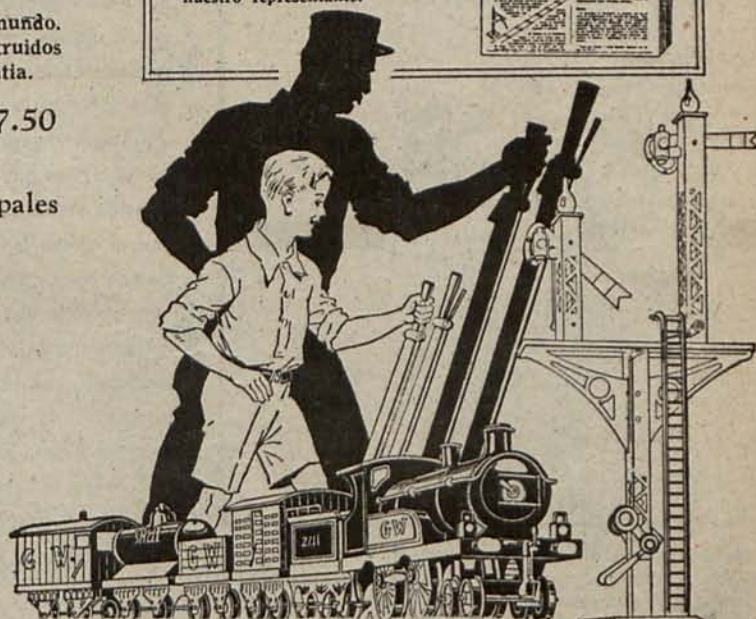
José Palouzié Serra (Sección D),
Industria 226, Barcelona

Productos de MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

NOVEDAD!

El novísimo librito Hornby

Todo aficionado de ferrocarriles deberá poseer nuestro librito titulado "Como divertirse con un Ferrocarril Hornby." Precio 75 cts. Puede obtenerse en casa de su proveedor o directamente de nuestro representante.

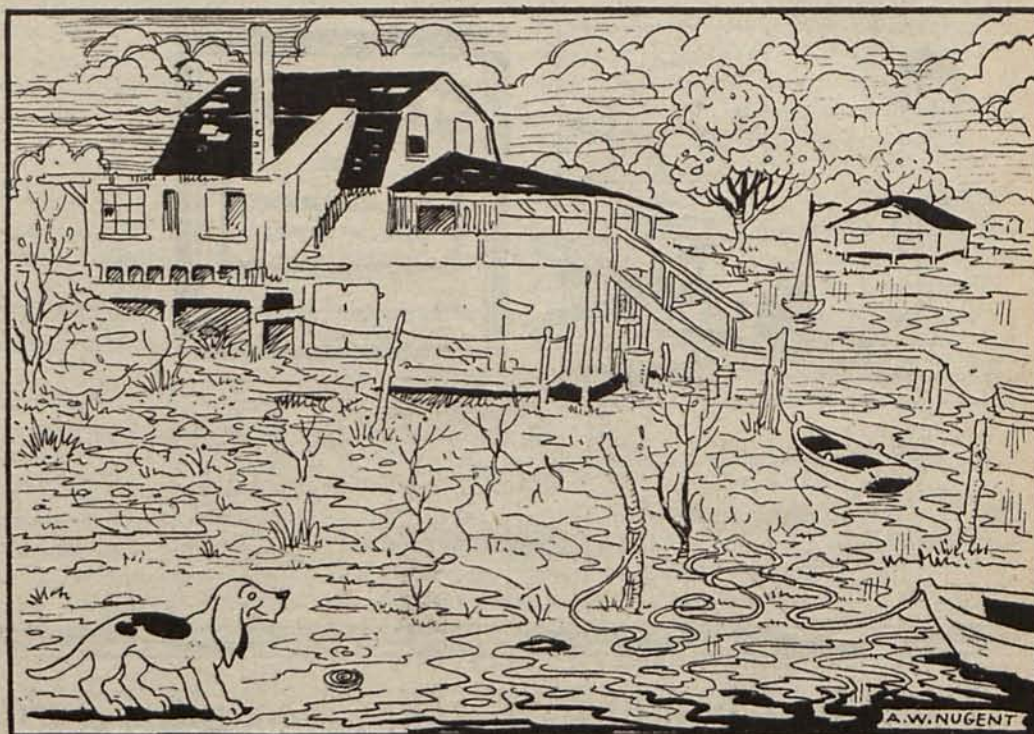


CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

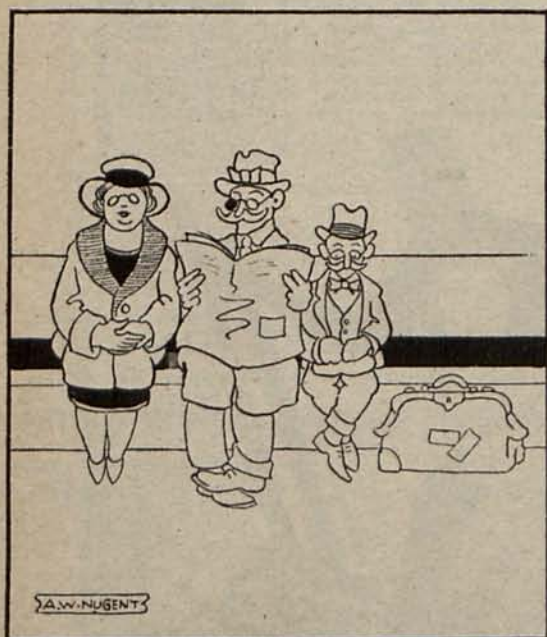
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS SILBIDOS

¿No los oís vosotros?
Pues el perro si lo oye,
como podéis observar.
Como que hay nada menos
que seis señores escondi-
dos, que están volviendo
loco al pobre perro, sin que
éste sepa a dónde atender,
ni de dónde proceden. ¿No
vais a ser vosotros más sa-
gaces que el sorprendido
can? ¡Vamos, hombre, que
no se diga...!



DIBUJO CON ERRORES

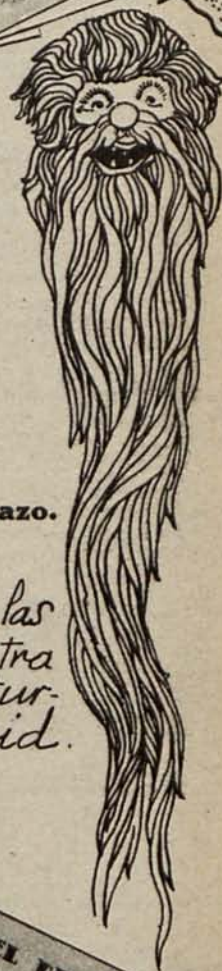


¡Otro dibujo con errores a la vista! Y con diez nada menos. ¡Como para pegarle un tiro al dibujante! Si no queréis que cometamos tan justo asesinato —en esta casa somos unas fieras—, haced el favor de indicarnos cuáles son esos errores, queridos pinochistas.

EL QUESO FATAL

Bueno. Hemos titulado este problema «El queso fatal», como lo podíamos haber titulado «Un grito en la noche», o «¡Toque usted la guitarra!» De lo que se trata es de unir a cada loro con el queso por medio de una línea. A cada conejo con la hierba por medio de otra y a cada mochuelo con un ratón por medio de otra. ¡Ah! Y estas líneas no pueden cruzarse; conque a ver lo que se hace... ¡Tararí! ¡A la lucha, muchachos!





LA SERIE BARBILÓN

QUE TANTO ÉXITO ESTÁ OBTENIENDO
ENTRE LOS PINOCHISTAS CONSTA HAS-
TA AHORA DE LOS OCHO TOMOS SIGUIENTES

- | | |
|-----------------------------|--------------------------------------|
| 1.º ¡Cataplami! ¡Cataplumi! | 5.º Barbilón, rey de los feos. |
| 2.º El oro de la selva. | 6.º Malas pulgas. |
| 3.º La escoba encantada. | 7.º Al-Daba, Al-Dabón y Al-Dabonazo. |
| 4.º Barbas verdes. | 8.º El Rey Sanseacabó. |

Cada tomo se vende a 1.25 pesetas en todas las librerías de España. Si no encontráis en la vuestra alguno de ellos, pedidlo a la Editorial Saturnino Calleja S.A.-Apartado 447-Madrid.

FUNDADA



EN 1876





Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

Tilina y los doce meses. (Leyenda de Navidad.)—Tilina, que no tenía ni padre ni madre, ni nadie en el mundo, vivía en casa de una horrible vieja, que la utilizaba como criada, la hacía

trabajar como una mula y además la daba de palos.

Con todo, la vieja ya se hartaba de alimentarla —con mendrugos— y de vestirla con harapos—, y estaba deseando de deshacerse de ella. Una noche de invierno, la dijo: «Vete a la selva y cógeme un ramo de violetas; como vuelvas sin ellas, no te dejo entrar.»

Y pensaba: «No las encontraré, no se atreverá a volver y se morirá de frío, a no ser que la devoren los lobos.»

Tilina se marchó desconsolada; ¿dónde iba a encontrar violetas, si la tierra estaba cubierta de nieve? Llorando y tiritando, llegaba a la selva, cuando vio un resplandor: era una hoguera encendida.

Alrededor había doce señores sentados, inmóviles, envueltos en amplias capas y con las caras cubiertas por grandes capuchas.

Había tres con capa blanca, como la nieve; tres, con capa verde, como la hierba; tres, con capa dorada, como las espigas, y tres, con capa de color de uva. Eran los doce meses del año.

Tilina, que estaba helada, envuelta en una miserable toquilla agujereada, les pidió, cortésmente, permiso para acercarse a la lumbre un momento.

—Siéntate —dijo uno de los señores de capa blanca; tenía una barba que hacía juego con la capa, un grueso bastón entre las manos y parecía el más viejo de todos—. ¿Qué haces por aquí? —añadió.

—Busco violetas —contestó Tilina.

—No hay violetas en este tiempo.

—Ya lo sé; pero si no se las llevo a mi ama, me dejará morir de hambre y de frío.

El viejo —que era Enero— entregó su bastón a uno de sus hermanos de capa verde y barba rubia y, al parecer, el más joven de todos, y le dijo:

—Hermano Marzo, este asunto es de tu negociado.

El joven Marzo cogió el bastón y dió con él tres golpes en la tierra; al punto la nieve desapareció y la tierra se cubrió de verdura; a los pies de Tilina nació un tapiz perfumado. No tuvo más que agacharse para llenar su delantal de violetas. Y, después de dar las gracias a sus protectores, se alejó corriendo con su botín.

La vieja la recibió mal, furiosa, pero no tuvo más remedio que abrirle la puerta. A la noche siguiente la llamó y, entregándole un cesto, dijo:

—Vete a la selva y tráemelo lleno de fresas, o no te dejo entrar.

Tilina, temblorosa —pero un poco menos que la víspera—, corrió hacia la selva; allí estaba la hoguera con los doce meses alrededor.

—¿Qué buscas? —preguntó Enero.

—Fresas para mi ama —murmuró Tilina.

El anciano entregó su palo a uno de sus hermanos de capa dorada, barba negra y edad madura:

—Hermano Junio —dijo—, eso es cuenta tuya.

Y a los tres golpes que dió en tierra el señor Junio con el palo mágico, ocurrió un fenómeno extraordinario: los árboles se cubrieron de hojas, los pájaros cantaron y en los campos surgieron espigas. A los pies de Tilina se extendió al punto un tapiz de encendido color. No tuvo más que agacharse para llenar su cesto de fresas riquísimas, y partió alegremente, tras de dar las gracias, mientras que el paisaje invernal volvía a sustituir al de verano.

Sin decir una palabra, apretando sus labios sobre sus encías desdentadas, la vieja cogió el cesto y se comió las fresas, sin dar a Tilina una sola.

La noche siguiente era la del 24 de diciembre, noche santa de nacimientos y villancicos, de alegría y de misa de gallo; pero la vieja no pensaba en nada de eso. Ordenó:

—Vé a la selva y tráeme manzanas; ¡ay de ti como no sean buenas!

Y pensaba: «Esta vez si que no se me escapa.»

Tilina se fué ligera hacia sus doce amigos y les contó lo que le pasaba. Enero, esta vez, entregó el palo mágico a uno de sus hermanos vestido de color de uva y que tenía la barba gris, y le dijo:

—Hermano Septiembre, a ti te toca.

Y al conjuro del mes de Septiembre, las hojas de los árboles se doraron y las ramas se inclinaron bajo el peso de las frutas. Ante Tilina se erguía un árbol cargado de manzanas enormes, brillantes y coloradas. Tilina sacudió una rama y cayeron dos manzanas.

—Vete, vete pronto —dijo Enero.

Tilina cogió las dos frutas y echó a correr, mientras el árbol desaparecía como tragado por la tierra.

Esta vez, la bruja, al verla, pensó: «Aquí hay algo de brujería, y esta estúpida solamente ha sabido aprovecharla para traer violetas, fresas y manzanas. Si voy yo, a buen seguro que saco un tesoro.»

Cogió un manto y se fué; al ver la hoguera, se acercó para calentarse, sin pedir permiso a nadie. «¿Qué buscas?», le preguntó Enero. La vieja miró con desprecio a aquellos hombres, que parecían unos miserables. «Y a usted, ¿qué le importa?», contestó groseramente.

Entonces Enero frunció el ceño, se puso en pie y pegó en el suelo tres bastonazos formidables. Al punto el cielo se oscureció, y con

un ruido espantoso, se levantó una tempestad de nieve.

La vieja no ha vuelto a parecer, ni nadie la ha visto ya más. Tilina era tan buena que hasta la lloró un poco. Luego se dedicó a cuidar de la casa y a hilar, coser y bordar para poder vivir de la venta de sus labores.

Hasta que se casó con un vecino, joven, bueno y rico, y vivieron muy felices.

Los doce meses no se olvidaron de su protegida, y Tilina siempre los recordaba también, pues tenía el invierno en la puerta; el verano, en el granero; el otoño, en la cueva, y la primavera, en el corazón.

